CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

y te quedaste caviloso, como si madurases alguna siniestra idea. Si eres amigo mío, dime con verdad lo que piensas.

YAGO.—Señor, ya sabéis que de todas veras os amo.

OTELO.—Por lo mismo que lo sé y lo creo, y que te juzgo hombre serio y considerado en lo que dices, me asustan tus palabras y tu silencio. No los extrañaría en hombrse viles y soeces, pero en un hombre honrado como tú son indicios de que el alma está ardiendo, y de que quiere estallar la indignación comprimida.

YAGO.—Juro que tengo a Miguel Casio por hombre de honor.

OTELO.—Yo también.

YAGO.—El hombre debe ser lo que parece, o a lo menos, aparentarlo.

OTELO.—Dices bien.

YAGO.—Repito que a Casio le tengo por hombre honrado.

OTELO.—Eso no es decírmelo todo. Declárame cuanto piensas y recelas, hasta lo peor y más oculto.

YAGO.—Perdonadme, general: os lo suplico. Yo estoy obligado a obedeceros en todo, menos en aquellas cosas donde ni el mismo esclavo debe obedecer. ¿Revelaros mi pensamiento? ¿Y si mi pensamiento fuera torpe, vil y menguado? ¿En qué palacio no penetra alguna vez la alevosía? ¿En qué pecho no caben injustos recelos y cavilosidades? Hasta con el más recto juicio pueden unirse bajos pensamientos.

OTELO.—Yago, faltas a la amistad, si creyendo infamado a tu amigo, no le descubres tu sospecha.

YAGO.—¿Y si mi sospecha fuera infundada? Porque yo soy naturalmente receloso y perspicaz, y quizá veo el mal donde no existe. No hagáis caso de mis malicias, vagas e infundadas, ni perturbéis vuestro reposo por ellas, ni yo como hombre honrado y pundonoroso debo revelaros el fondo de mi pensamiento.

OTELO.—¿Qué quieres decir con eso?

YAGO.—¡Ay, querido jefe mío, la buena reputación, así en hombre como en mujer, es el tesoro más preciado. Poco roba quien roba mi dinero: antes fue algo, después nada: antes mío, ahora suyo, y puede ser de otros cincuenta. Pero quien me roba la fama, no se enriquece, y a mí me deja pobre.

OTELO.—¿Qué estás pensando? Dímelo, por Dios vivo. Quiero saberlo.

YAGO.—No lo sabréis nunca, aunque tengáis mi corazón en la mano.

OTELO.—¿Por qué?

YAGO.—Señor, temed mucho a los celos, pálido monstruo, burlador del alma que le da abrigo. Feliz el engaño que descubre el engaño y consigue aborrecer a la engañadora, pero ¡ay del infeliz que aún la ama, y duda, y vive entre amor y recelo!

OTELO.—¡Horrible tortura!

YAGO.—Más feliz que el rico es el pobre, cuando está resignado con su suerte. Por el contrario el rico, aunque posea todos los tesoros de la tierra, es infeliz por el temor que a todas horas le persigue, de perder su... ¡Dios mío, aparta de mis amigos, los celos!

OTELO.—¿Qué quieres decir? ¿Imaginas que he de pasar la vida entre sospechas y temores, cambiando de rostro como la luna? No: la duda y la resolución sólo pueden durar en mí un momento, y si alguna vez hallares que me detengo en la sospecha y que no la apuro, llámame imbécil. Yo no me encelo si me dicen que mi mujer es hermosa y alegre, que canta y toca y danza con primor, o que se complace en las fiestas. Si su virtud es sincera, más brillará así. Tampoco he llegado a dudar nunca de su amor. Ojos tenía ella y entendimiento para escoger. Yago, para dudar necesito pruebas, y así que las adquiera, acabaré con el amor o con los celos.

YAGO.—Dices bien. Y así conocerás mejor la lealtad que te profeso. Ahora no puedo darte pruebas. Vigila a tu esposa: repárala bien cuando hable con Casio, pero que no conzcan tus recelos en la cara. No sea que se burlen de tu excesiva buena fe. Las venecianas sólo confían a Dios el secreto, y saben ocultárselo al marido. No consiste su virtud en no pecar, sino en esconder el pecado.

OTELO.—¿Eso dices?

YAGO.—A su padre engañó por amor tuyo, y cuando fingía mayor esquiveza, era cuando más te amaba.

OTELO.—Verdad es.

YAGO.—Pues la que tan bien supo fingir, hasta engañar a su padre, que no podía explicarse vuestro amor sino como obra de hechicería... Pero ¿qué estoy diciendo? Perdóname si me lleva demasiado lejos el cariño que te profeso.

OTELO.—Eterna será mi gratitud.

YAGO.—Mal efecto te han hecho mis palabras, señor.

OTELO.—No. Mal efecto, ninguno.

YAGO.—Paréceme que sí. Repara que cuanto te he dicho ha sido por tu bien. Pero, señor, ¡estáis desconcertado! Ruégoos que no entendáis mis palabras más que como suenan, ni déis demasiado crédito e importancia a una sospecha.

OTELO.—Te lo prometo.

YAGO.—Si no, lo sentiría, y aun sería más pronto el desenlace, que lo que yo imaginé. Casio es amigo mío... Pero ¡estáis turbado!

OTELO.—¿Por qué? Yo tengo a Desdémona por honrada.

YAGO.—¡Que lo sea mucho tiempo! ¡Que por muchos años lo creas tú así!

OTELO.—Pero cuando la naturaleza comienza a extraviarse...

YAGO.—Ahí está el peligro. Y a decir verdad, el haber despreciado tan ventajosos casamientos de su raza, de su patria y de su condición y haberse inclinado a ti, parece indicio no pequeño de torcidas y livianas inclinaciones. La naturaleza hubiera debido moverla a lo contrario. Pero... perdonadme: al decir esto, no aludo a ella solamente, aunque temo que al compararos con los mancebos de Venecia, pudiera arrepentirse.

OTELO.—Adiós, adiós, y si algo más averiguas, no dejes de contármelo. Que tu mujer los vigile mucho. Adiós, Yago.

YAGO.—Me voy, general. Quédate con Dios. *(Se aparta breve trecho.)*

OTELO.—¿Para qué me habré casado? Sin duda este amigo sabe mucho más que lo que me ha confesado.

YAGO.—Gobernador, os suplico que no volváis a pensar en eso. Dad tiempo al tiempo, y aunque parece justo que Casio recobre su empleo, puesto que es hábil para desempeñarlo, mantened las cosas en tal estado algún tiempo más, y entre tanto podéis estudiar su carácter, y advertir si vuestra mujer toma con mucho calor su vuelta. Este será vehemente indicio, pero entre tanto, inclinaos a pensar que me he equivocado en mis sospechas y temores, y no desconfiéis de su fidelidad.

OTELO.—Nada temas.

YAGO.—Adiós otra vez. *(Vase.)*

OTELO.—Este Yago es buen hombre y muy conocedor del mundo. ¡Ay, halcón mío! si yo te encontrara fiel, aunque te tuviera sujeto al corazón con garfios o correas, te lanzaría al aire en busca de presa. ¿Quizá me estará engañando por ser yo viejo y negro, o por no tener la cortesía y ameno trato propio de la juventud? ¿Pero qué me importa la razón? Lo cierto es que la he perdido, que me ha engañado, y que no tengo más recurso que aborrecerla. ¡Maldita boda: ser yo dueño de tan hermosa mujer pero no de su alma! Más quisiera yo ser un sapo asqueroso o respirar la atmósfera

de una cárcel, que compartir con nadie la posesión de esa mujer. Pero tal es la maldición que pesa sobre los grandes, más infelices en esto que la plebe. Maldición que nos amenaza, desde que comenzamos a respirar el vital aliento. Aquí viene Desdémona. *(Salen Desdémona y Emilia.) (Aparte.)* ¿Será verdad que es infiel? ¿Se burlará el cielo de sí mismo?

DESDÉMONA.—Otelo, ven: los nobles de la isla están ya congregados para el banquete.

OTELO.—¡Qué insensatez la mía!

DESDÉMONA.—¿Por qué hablas entre dientes? ¿Estás malo?

OTELO.—Me duele la cabeza.

DESDÉMONA.—Sin duda, por el insomnio. Pero pronto sanarás. Yo te vendaré la cabeza, y antes de una hora estarás aliviado. *(Intenta ponerle el pañuelo.)*

OTELO.—Ese pañuelo es pequeño. *(Se cae el pañuelo.)* Déjalo. Me voy contigo.

DESDÉMONA.—Mucho siento tu incomodidad. *(Vanse.)*

EMILIA.—¡Oh felicidad! Este es el pañuelo, primera ofrenda amorosa del moro. Mi marido me ha pedido mil veces que se lo robe a Desdémona, pero como ella lo tiene en tanto aprecio, y Otelo se lo encomendó tanto, jamás lo deja de la mano, y muchas veces le besa y acaricia. Haré copiar la misma labor, y se le daré a Yago, aunque no puedo atinar para qué le desea: Dios lo sabe. A mí sólo me toca obedecer. *(Sale Yago.)*

YAGO.—¿Cómo estás sola?

EMILIA.—No te enojes, que algo tengo que regalarte.

YAGO.—¿A mí qué? Buena cosa será.

EMILIA.—¡Ya lo creo!

YAGO.—Eres necia, esposa mía.

EMILIA.—¡Ya lo creo! ¿Cuánto me darás por aquel pañuelo?

YAGO.—¿Qué pañuelo?

EMILIA.—Aquel que el moro regaló a Desdémona, y que tantas veces me has mandado robar.

YAGO.—¿Y ya lo has hecho?

EMILIA.—No le he robado, sino que le he recogido del suelo, donde ella le dejó caer. Tómale, aquí está.

YAGO.—Dámele, pues, amor mío.

EMILIA.—¿Y para qué? ¿Cómo tuviste tanto empeño en que yo le robara?

YAGO.—*(Cogiendo el pañuelo.)* ¿Qué te importa? Dámele.

EMILIA.—Si no le necesitas para cosa de importancia, devuélvemele pronto, Yago, porque mi señora se morirá de pena, así que eche de ver la falta.

YAGO.—No le confieses nada. Necesito el pañuelo. ¿Oyes? Vete. *(Vase Emilia.)* Voy a tirar este pañuelo en el aposento de Casio, para que allí le encuentre Otelo. La sombra más vana, la más ligera sospecha son para un celoso irrecusables pruebas. Ya comienza a hacer su efecto el veneno: al principio apenas ofende los labios, pero luego, como raudal de lava, abrasa las entrañas. Aquí viene el moro. *(Aparte.)* No podrás conciliar hoy el sueño tan apaciblemente como ayer, aunque la adormidera, el beleño y la mandrágora mezclen para ti sus adormecedores jugos.

OTELO.—¡Infiel! ¡Infiel!

YAGO.—¿Qué decís, gobernador?

OTELO.—¡Lejos, lejos de mí! Tus sospechas me han puesto en el tormento. Vale más ser engañado del todo que padecer, víctima de una duda.

YAGO.—¿Por qué decís eso, general?

OTELO.—¿Qué me importaban sus ocultos retozos, si yo no los veía ni me percataba de ellos, ni perdía por eso el sueño, la alegría, ni el reposo? Jamás advertí en sus labios la huella del beso de Casio. Y si el robado no conoce el robo, ¿qué le importa que le hurten?

YAGO.—Duéleme oírte hablar así.

OTELO.—Yo hubiera podido ser feliz aunque los más ínfimos soldados del ejército hubiesen disfrutado de la hermosura de ella. ¡Pero haberlo sabido! ¡Adiós, paz de mi alma! ¡Adiós, bizarros escuadrones, glorioso campo de pelea, que truecas la ambición en virtud! ¡Adiós, corceles de batalla, clarín bastardo, bélicos atambores, pífanos atronantes, banderas desplegadas, pompa de los ojos, lujo y estruendo de las armas! ¡Adiós todo, que la gloria de Otelo se ha acabado!

YAGO.—¿Será verdad, señor?

OTELO.—¡Infame! Dame pruebas infalibles de que mi esposa es adúltera. ¿Me oyes? Quiero pruebas que entren por los ojos, y si no me las das, perro malvado, más te valiera no haber nacido que encontrarte al alcance de mis manos. ¡Haz que yo lo vea, o a lo menos pruébalo de tal suerte, que la duda no encuentre resquicio ni pared donde aferrarse! Y si no, ¡ay de ti!

YAGO.—¡Señor, jefe mío!

OTELO.—Si lo que me has dicho, si el tormento en que me has puesto no es más que una calumnia, no vuelvas a rezar en todos los días de tu vida: sigue acumulando horrores y maldades, porque tu eterna condenación es tan segura que poco puede importarte un crimen más.

YAGO.—¡Piedad, Dios mío! ¿Sois hombre, Otelo, o es que habéis perdido el juicio? Desde ahora renuncio a mi empleo. ¡Qué necio yo, cuyos favores se toman por agravios! ¡Cuán triste cosa es en este mundo ser honrado y generoso! Mucho me alegro de haberlo aprendido. Desde hoy prometo no querer bien a nadie, si la amistad se paga de este modo.

OTELO.—No te vayas. Escúchame. Mejor es que seas honrado.

YAGO.—No; seré ladino y cauteloso. La bondad se convierte en insensatez cuando trabaja contra sí misma.

OTELO.—¡Por Dios vivo! Yo creo y no creo que mi mujer es casta, y creo y no creo que tú eres hombre de bien. Pruebas, pruebas. Su nombre, que resplandecía antes más que el rostro de la luna, está ahora tan oscuro y negro como el mío. No he de sufrirlo, mientras haya en el mundo cuerdas, aceros, venenos, hogueras y ríos desbordados. ¡Pruebas, pruebas!

YAGO.—Señor, veo que sois juguete de la pasión y ya me va pesando de mi franqueza. ¿Queréis pruebas?

OTELO.—No las quiero: las tendré.

YAGO.—Y podéis tenerlas. ¡Pero qué género de pruebas! ¿Queréis verlos juntos? ¡Qué grosería!

OTELO.—¡Condenación! ¡Muerte!

YAGO.—Y tengo para mí que había de ser difícil sorprenderlos en tal ocasión. Buen cuidado tendrán ellos de ocultar sus adúlteras caricias de la vista de todos. ¿Qué prueba bastará a convenceros? ¿Ni cómo habéis de verlos? Aunque estuviesen más ardorosos que jimios o cabras o que lobos en el celo, o más torpes y necios que la misma estupidez. De todas suertes, aunque yo no pueda daros pruebas evidentes, tengo indicios tales, que pueden llevaros a la averiguación de la verdad.

OTELO.—Dame alguna prueba clara y evidente de su infidelidad.

YAGO.—A fe mía que no me gusta el oficio de delator, pero a tal extremo han llegado las cosas que ya no puedo evitarlo. Ya sabes que mi aposento está cerca del de Casio, y que aquejado por el dolor de muelas, no puedo dormir. Hay hombres tan ligeros que entre sueños descubren su secreto. Así Casio, que entre sueños decía: "Procedamos con cautela, amada Desdémona." Y luego me cogió la mano, y me la estrechó con fuerza, diciéndome: "Amor mío", y me besó como si quisiera desarraigar los besos de mis labios, y dijo en altas voces: "¡Maldita fortuna la que te hizo esposa del moro!"

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

OTELO.—¡Qué horror!
YAGO.—Pero todo eso fue un sueño.
OTELO.—Prueba palpable, aunque fuera sueño, puesto que descubre que su amor ha llegado a la posesión definitiva.
YAGO.—Esta prueba sirve para confirmar otras, aunque ninguna de ellas convence.
OTELO.—Quiero destrozarla.
YAGO.—Ten prudencia. Con certidumbre no sé nada. ¿Quién sabe si será fiel todavía? ¿No has visto alguna vez un pañuelo bordado en manos de Desdémona?
OTELO.—Sí, por cierto; fue el primer regalo que la hice.
YAGO.—No lo sabía yo, pero vi en poder de Casio un pañuelo, del todo semejante. Sí: estoy seguro de que era el de vuestra mujer.
OTELO.—¡Si fuera el mismo!...
YAGO.—Aquel u otro: basta que fuera de ella para ser un indicio desfavorable.
OTELO.—Ojalá tuviera él cien mil vidas, que una sola no me basta para saciar mi venganza. Mira, Yago: con mi aliento arrojo para siempre mi amor. ¡Sal de tu caverna, hórrida venganza! Amor, ¡ríndete al monstruo del odio! ¡Pecho mío, llénate de víboras!
YAGO.—Cálmate, señor.
OTELO.—¡Sangre, Yago, sangre!
YAGO.—Sangre no: paciencia. ¿Quién sabe si mudaréis de pensamiento? Otelo.—Nunca, Yago. Así como el gélido mar corre siempre con rumbo a la Propóntide y al Helesponto, sin volver nunca atrás su corriente, así mis pensamientos de venganza no se detienen nunca en su sanguinaria carrera, ni los templará el amor, mientras no los devore la venganza. Lo juro solemnemente por el cielo que nos cubre. *(Se arrodilla.)*
YAGO.—No os levantéis. *(Se arrodilla también.)* Sed testigos, vosotros, luceros de la noche, y vosotros, elementos que giráis en torno del mundo, de que Yago va a dedicar su corazón, su ingenio y su mano a la venganza de Otelo. Lo que él mande, yo lo obedeceré, aunque me parezca feroz y sanguinario.
OTELO.—Gracias, y acepto gustoso tus ofertas, y voy a ponerte a prueba en seguida. Ojalá dentro de tres días puedas decirme: "ya no existe Casio."
YAGO.—Dad por muerto a mi amigo, aunque ella viva.
OTELO.—No, no: ¡vaya al infierno esa mujer carnal y lujuriosa! Voy a buscar astutamente medios de dar muerte a tan hermoso demonio. Yago, desde hoy serás mi teniente.
YAGO.—Esclavo vuestro siempre.

ESCENA IV

Explanada delante del castillo

(Salen DESDÉMONA, EMILIA *y un* BUFÓN*)*

DESDÉMONA.—Dime: ¿dónde está Casio?
BUFÓN.—No en parte alguna que yo sepa.
DESDÉMONA.—¿Por qué dices eso? ¿No sabes a lo menos cuál es su alojamiento?
BUFÓN.—Si os lo dijera, sería una mentira.
DESDÉMONA.—¿No me dirás algo con seriedad?
BUFÓN.—No sé cuál es su posada, y si yo la inventara ahora, sería hospedarme yo mismo en el pecado mortal.
DESDÉMONA.—¿Podrás averiguarlo y adquirir noticias de él?
BUFÓN.—Preguntaré como un catequista, y os traeré las noticias que me dieren.
DESDÉMONA.—Vete a buscarle; dile que venga, porque ya he persuadida a mi esposo en favor suyo, y tengo por arreglado su negocio. *(Vase.)*
DESDÉMONA.—Emilia, ¿dónde habré perdido aquel pañuelo?
EMILIA.—No lo sé, señora mía.
DESDÉMONA.—Créeme. Preferiría yo haber perdido un bolsillo lleno de ducados. A fe que si el moro no fuera de alma tan generosa y noble, incapaz de dar en la ceguera de los celos, bastaría esto para despertar sus sospechas.
EMILIA.—¿No es celoso?
DESDÉMONA.—El sol de su nativa África limpió su corazón de todas esas malas pasiones.
EMILIA.—Por allí viene.
DESDÉMONA.—No me separaré de él hasta que llegue Casio. *(Sale Otelo.)* ¿Cómo estás, Otelo?
OTELO.—Muy bien, esposa mía. *(Aparte.)* ¡Cuán difícil me parece el disimulo! ¿Cómo te va, Desdémona?
DESDÉMONA.—Bien, amado esposo.
OTELO.—Dame tu mano, amor mío. ¡Qué húmeda está!
DESDÉMONA.—No la quitan frescura ni la edad ni los pesares.
OTELO.—Es indicio de un alma apasionada. Es húmeda y ardiente. Requiere oración, largo ayuno, mucha penitencia y recogimiento, para que el diablillo de la carne no se subleve. Mano tierna, franca y generosa.
DESDÉMONA.—Y tú puedes decirlo, pues con esa mano te di toda el alma.
OTELO.—¡Qué mano tan dadivosa! En otros tiempos el alma hacía el regalo de la mano. Hoy es costumbre dar manos sin alma.
DESDÉMONA.—Nada sé de eso. ¿Te has olvidado de tu palabra?
OTELO.—¿Qué palabra?
DESDÉMONA.—He mandado a llamar a Casio para que hable contigo.
OTELO.—Tengo un fuerte resfriado. Dame tu pañuelo.
DESDÉMONA.—Tómale, esposo mío.
OTELO.—El que yo te di.
DESDÉMONA.—No le tengo aquí.
OTELO.—¿No?
DESDÉMONA.—No, por cierto.
OTELO.—Falta grave es ésa, porque aquel pañuelo se lo dio a mi madre una sabia hechicera, muy hábil en leer las voluntades de las gentes, y díjole que mientras le conservase, siempre sería suyo el amor de mi padre, pero si perdía el pañuelo, su marido la aborrecería y buscaría otros amores. Al tiempo de su muerte me lo entregó, para que yo se le regalase a mi esposa el día que llegara a casarme. Hícelo así, y repito que debes guardarle bien y con tanto cariño como a las niñas de tus ojos, porque igual desdicha sería para ti perderlo que regalarlo.
DESDÉMONA.—¿Será verdad lo que cuentas?
OTELO.—Indudable. Hay en esos hilos oculta y maravillosa virtud, como que los tejió una sibila agitada de divina inspiración. Los gusanos que hilaron la seda eran asimismo divinos. Licor de momia y corazón de virgen sirvieron para el hechizo.
DESDÉMONA.—¿Dices verdad?
OTELO.—No lo dudes. Y haz por no perderle.
DESDÉMONA.—¡Ojalá que nunca hubiera llegado a mis manos!
OTELO.—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?
DESDÉMONA.—¿Por qué hablas con tal aceleramiento?
OTELO.—¿Le has perdido? ¿Dónde? Contéstame.
DESDÉMONA.—¡Favor del cielo!
OTELO.—¿Qué estás diciendo?
DESDÉMONA.—No le perdí. Y si por casualidad le hubiera perdido...
OTELO.—¿Perderle?
DESDÉMONA.—Te juro que no le perdí.
OTELO.—Pues dámele, para que yo le vea.

DESDÉMONA.—Ahora mismo podría dártele, pero no quiero hacerlo, porque tú no accedes a mis ruegos, ni vuelves su empleo a Casio.
OTELO.—Muéstrame el pañuelo. Mis sospechas crecen.
DESDÉMONA.—Hazme ese favor, Otelo. Nunca hallarás hombre más hábil e inteligente.
OTELO.—¡El pañuelo!
DESDÉMONA.—Hablemos de Casio.
OTELO.—¡El pañuelo!
DESDÉMONA.—Casio, que en todo tiempo fue amigo y protegido tuyo, que a tu lado corrió tantas aventuras...
OTELO.—¡El pañuelo!
DESDÉMONA.—Grande es tu impaciencia.
OTELO.—¡Aparta! *(Se va.)*
EMILIA.—¿Estará celoso?
DESDÉMONA.—Es la primera vez que le veo así. Sin duda aquel pañuelo está encantado. ¡Cuánto siento haberlo perdido!
EMILIA.—No bastan un año ni dos, para conocer el carácter de un hombre. Son abismos que a nosotras nos devoran, y cuando se hartan, nos arrojan de sí. Aquí vienen mi marido y Casio. *(Salen Casio y Yago.)*
YAGO.—Ya no queda otro recurso. Ella es quien ha de hacerlo. Allí está ¡Oh fortuna! Id a rogárselo.
DESDÉMONA.—¿Qué noticias traes, Casio?
CASIO.—Nada, sino mi antigua pretensión, señora. Deseo, merced a vuestra generosa intercesión, volver a la luz, a la vida, a la amistad del hombre a quien tanto respeto y agradecimiento debo. Sólo os suplico que intercedáis con mucha eficacia, y si mi culpa es tan grande que ni mis servicios pasados, ni mi infortunio presente, ni mis méritos futuros bastan a que sea perdonada, sépalo yo de cierto, y alegrándome, con forzada alegría, de saberlo, pediré limosna a la fortuna por otro camino.
DESDÉMONA.—¡Ay, buen señor Casio! Mis ruegos no suenan ya bien en los oídos de mi señor. Mi esposo no es el de antes. Si su rostro hubiera cambiado tanto como su índole, de fijo que yo no le conocería. Todos los santos me sean testigos de que le he suplicado en favor tuyo con cuanto empeño he podido, hasta incurrir en su indignación por mi atrevimiento y tenacidad. Es preciso dar tiempo al tiempo. Yo haré lo que pueda, y más que si se tratase de negocio mío.
YAGO.—¿Se enojó contra ti el general?
EMILIA.—Ahora acaba de irse de aquí, con ceño muy torvo.
YAGO.—¿Será verdad? Grave será el motivo de su enojo, porque nunca le he visto inmutarse, ni siquiera cuando a su lado una bala de cañón mató a su hermano. Voy a buscar a Otelo. *(Vase.)*
DESDÉMONA.—Será sin duda algún negocio político, del gobierno de Venecia, o alguna conspiración de Chipre lo que ha turbado la calma de mi marido. Cuando los hombres por cualquier motivo grave se enojan, riñen hasta sobre las cosas más insignificantes. De la misma suerte, con un dedo que nos duela, todos los demás miembros se resienten. Los hombres no son dioses, ni tenemos derecho para pedirles siempre ternura. Bien haces, Emilia, en reprenderme mi falta de habilidad. Cuando ya bien a las claras mostraba su ánimo el enojo, yo misma soborné a los testigos, levantándole falso testimonio.
EMILIA.—Quiera Dios que sean negocios de Estado, como sospecháis, y no vanos recelos y sospechas infundadas.
DESDÉMONA.—¡Celos de mí! ¿Y por qué causa, si nunca le he dado motivo?
EMILIA.—No basta eso para convencer a un celoso. Los celos nunca son razonados. Son celos porque lo son: monstruo que se devora a sí mismo.
DESDÉMONA.—Quiera Dios que nunca tal monstruo se apodere del alma de Otelo.
EMILIA.—Así sea, señora mía.
DESDÉMONA.—Yo le buscaré. No te alejes mucho, amigo Casio. Y si él se presenta propicio, redoblaré mis instancias, hasta conseguir lo que deseas.
CASIO.—Humildemente os lo agradezco, reina. *(Vanse Emilia y Desdémona.)*
BLANCA.—Buenos días, amigo Casio.
CASIO.—¿Cómo has venido, hermosa Blanca? Bien venida seas siempre. Ahora mismo pensaba ir a tu casa.
BLANCA.—Y yo a tu posada, Casio amigo. ¡Una semana sin verme! ¡Siete días y siete noches! ¡Veinte veces ocho horas, más otras ocho! ¡Y horas más largas que las del reloj, para el alma enamorada! ¡Triste cuenta!
CASIO.—No te enojes, Blanca mía. La pena me ahogaba. En tiempo más propicio pagaré mi deuda. Hermosa Blanca, cópiame la labor de este pañuelo. *(Se le da.)*
BLANCA.—Casio, ¿de dónde te ha venido este pañuelo? Sin duda de alguna nueva querida. Si antes lloré tu ausencia, ahora debo llorar más el motivo.
CASIO.—Calla, niña. Maldito sea el demonio que tales dudas te inspiró. Ya tienes celos y crees que es de alguna dama. Pues no es cierto, Blanca mía.
BLANCA.—¿De quién es?
CASIO.—Lo ignoro. En mi cuarto lo encontré, y porque me gustó la labor, quiero que me la copies, antes que vengan a reclamármelo. Hazlo, bien mío, te lo suplico. Ahora vete.
BLANCA.—¿Y por qué he de irme?
CASIO.—Porque va venir el general, y no me parece bien que me encuentre con mujeres.
BLANCA.—¿Y por qué?
CASIO.—No porque yo no te adore.
BLANCA.—Porque no me amas. Acompáñame un poco. ¿Vendrás temprano esta noche?
CASIO.—Poco tiempo podré acompañarte, porque estoy de espera. Pero no tardaremos en vernos.
BLANCA.—Bien está. Es fuerza acomodarse al viento.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Plaza delante del castillo

(*Salen* OTELO *y* YAGO)

YAGO.—¿Qué pensáis?

OTELO.—¿Qué he de pensar, Yago?

YAGO.—¿Qué os parece de ese beso?

OTELO.—Beso ilícito.

YAGO.—Puede ser sin malicia.

OTELO.—¿Sin malicia? Eso es hipocresía y querer engañar al demonio. Arrojarse a tales cosas sin malicia es querer tentar la omnipotencia divina.

YAGO.—Con todo, es pecado venial. Y si yo hubiera dado a mi mujer un pañuelo...

OTELO.—¿Qué?

YAGO.—Señor: en dándosele yo, suyo es, y puede regalársele a quien quiera.

OTELO.—También es suyo mi honor, y sin embargo no puede darle.

YAGO.—El honor, general mío, es cosa invisible, y a veces le gasta más quien nunca le tuvo. Pero el pañuelo...

OTELO.—¡Por Dios vivo! Ya le hubiera yo olvidado. Una cosa que me dijiste anda revoloteando sobre mí como el grajo sobre techo infestado de pestilencia. Me dijiste que Casio había recibido ese pañuelo.

YAGO.—¿Y qué importa?

OTELO.—Pues no me parece nada bien.

YAGO.—¿Y si yo os dijera que presencié vuestro agravio, o a lo menos que le he oído contar, porque hay gentes que apenas han logrado, a fuerza de importunidades, los favores de una dama, no paran hasta contarlo?

OTELO.—¿Y él ha dicho algo?

YAGO.—Sí, general mío. Pero tranquilizaos, porque todo lo desmentirá.

OTELO.—¿Y qué es lo que dijo?

YAGO.—Que estuvo con ella... No sé qué más dijo.

OTELO.—¿Con ella?

YAGO.—Sí, con ella.

OTELO.—¡Con ella! ¡Eso es vergonzoso, Yago! ¡El pañuelo... confesión... el pañuelo! ¡Confesión y horca! No: ahorcarle primero y confesarle después... Horror me da el pensarlo. Horribles presagios turban mi mente. Y no son vanas sombras, no... Oídos, labios... ¿Será verdad?... Confesión, pañuelo... (*Cae desmayado.*)

YAGO.—¡Sigue, sigue, eficaz veneno mío! Él mismo se va enredando incauta y desatentadamente. Así vienen a perder su fama las más castas matronas, sin culpa suya. ¡Levantaos, señor, levantaos! ¿Me oís, Otelo? ¿Qué sucede, Casio? (*A Casio que entra.*)

CASIO.—¿Qué ha pasado?

YAGO.—El general tiene un delirio convulsivo, lo mismo que ayer.

CASIO.—Frótale las sienes.

YAGO.—No: es mejor dejar que la naturaleza obre y el delirio pase, porque si no, empezará a echar espumarajos por la boca, y caerá en un arrebato de locura. Ya empieza a moverse. Retírate un poco. Pronto volverá de su accidente. Después que se vaya, te diré una cosa muy importante. (*Se va Casio.*) General, ¿os duele aún la cabeza?

OTELO.—¿Te estás burlando de mí?

YAGO.—¿Burlarme yo? No lo quiera Dios. Pero quiero que resistáis con viril fortaleza vuestro infeliz destino.

OTELO.—Marido deshonrado, más que hombre, es una bestia, un monstruo.

YAGO.—Pues muchas bestias y muchos monstruos debe de haber en el mundo.

OTELO.—¿El lo dijo?

YAGO.—Tened valor, general, pensando que casi todos los que van sujetos al yugo, pueden tirar del mismo carro que vos. Infinitos maridos hay que, sin sospecha, descansan en tálamos profanados por el adulterio, aunque ellos se imaginan tener la posesión exclusiva. Mejor ha sido vuestra fortuna. Es gran regocijo para el demonio, el ver a un honrado varón tener por casta a la consorte infiel. En cambio, al que todo lo sabe, fácil le es tomar venganza de su injuria.

OTELO.—Bien pensado, a fe mía.

YAGO.—Acéchalos un rato y ten paciencia. Cuando más rendido estabais al peso de la tristeza, llegó a este aposento Casio. Yo le despedí, dando una explicación plausible de vuestro desmayo. Prometió venir luego a hablarme. Ocultaos, y reparad bien sus gestos, y la desdeñosa expresión de su semblante. Yo le haré contar otra vez el lugar, ocasión y modo con que triunfó de vuestra esposa. Reparad su semblante, y tened paciencia, porque si no, diré que vuestra ira es loca e impropia de hombre racional.

OTELO.—¿Lo entiendes bien, Yago? Ahora, por muy breve tiempo, voy a hacer el papel de sufrido, luego el de verdugo.

YAGO.—Dices bien pero no conviene que te precipites. Ahora escóndete. (*Se aleja Otelo.*) Para averiguar dónde está Casio, lo mejor es preguntárselo a Blanca, una infeliz a quien Casio mantiene, en cambio de su venal amor. Tal es el castigo de las rameras: engañar a muchos, para ser al fin engañadas por uno solo. Siempre que le hablan de ella, se ríe estrepitosamente. Pero aquí viene el mismo Casio. (*Sale Casio.*) Su risa provocará la ira de Otelo. Toda la alegría y regocijo del pobre Casio la interpretará con la triste luz de sus celos. ¿Qué tal, teniente mío?

CASIO.—Mal estoy, cuando te oigo saludarme con el nombre de ese cargo, cuya pérdida tanto me afana.

YAGO.—Insistid en vuestros ruegos, y Desdémona lo conseguirá. (*En voz baja.*) Si de Blanca dependiera el conseguirlo, ya lo tendríais.

CASIO.—¡Pobre Blanca!

OTELO.—(*Aparte.*) ¡Qué risa la suya!

YAGO.—Está locamente enamorada de ti.

CASIO.—¡Ah, sí! ¡pobrecita! Pienso que me ama de todas veras.

OTELO.—(*Aparte.*) Hace como quien lo niega, y al mismo tiempo se ríe.

YAGO.—Óyeme, Casio.

OTELO.—(*Aparte.*) Ahora le está importunando para que repita la narración. ¡Bien! ¡cosa muy oportuna!

YAGO.—¿Pues no dice que os casaréis con ella? ¿Pensáis en eso?

CASIO.—¡Oh qué linda necedad!

OTELO.—(*Aparte.*) ¿Triunfas, triunfas?

CASIO.—¡Yo casarme con ella! ¡Yo con una perdida? No me creas capaz de semejante locura. ¡Ah, ah!

OTELO.—(*Aparte.*) ¡Cómo se ríe este truhán afortunado!

YAGO.—Pues la gente dice que os vais a casar con ella.

CASIO.—Dime la verdad entera.

YAGO.—Que me emplumen, si no la digo.

OTELO.—¿Con que me han engañado? Está bien.

CASIO.—Ella misma es la que divulga esa necedad, pero yo no le he dado palabra alguna.

OTELO.—Yago me está haciendo señas. Ahora va a empezar la historia.

CASIO.—Ahora poco la he visto: en todas partes me sigue. Días pasados estaba yo en la playa hablando con unos venecianos, cuando ella me sorprende y se arroja a mi cuello...

OTELO.—(*Aparte.*) Y te diría: "hermoso Casio" o alguna cosa por el estilo.

CASIO.—Y me abrazaba llorando, y se empeñaba en llevarme consigo.

OTELO.—Y ahora contará cómo le llevó a mi lecho. ¿Por qué, por qué estaré yo viendo las narices de ese infame, y no el perro a quien he de arrojárselas?

CASIO.—Tengo que dejarla.

YAGO.—Mírala: allí viene.

CASIO.—¡Y qué cargada de perfumes! (*Sale Blanca.*) ¿Por qué me persigues sin cesar?

BLANCA.—¡El diablo es quien te persigue! ¿Para qué me has dado, hace poco, ese pañuelo? ¡Qué necia fui en tomarle! ¿Querías que yo te copiase la labor? ¡Qué inocencia! Encontrarle en su cuarto, y no saber quién le dejó. Será regalo de alguna querida, ¿y tenías empeño en que yo copiase la labor? Aquí te lo devuelvo: dásele: que no quiero copiar ningún dibujo de ella.

CASIO.—Pero Blanca, ¿qué te pasa? Calla, calla.

OTELO.—¡Poder del cielo! ¿No es ése mi pañuelo?

BLANCA.—Vente conmigo, si quieres cenar esta noche. Si no, ven cuando quieras. (*Vase.*)

YAGO.—Síguela.

CASIO.—Tengo que seguirla. Si no, alborotará a las gentes.

YAGO.—¿Y cenarás con ella?

CASIO.—Pienso que sí.

YAGO.—Allí os buscaré, porque tengo que hablaros.

CASIO.—¿Vendréis a cenar con nosotros?

YAGO.—Iré.

OTELO.—(*A Yago.*) ¿Qué muerte elegiré para él, Yago?

YAGO.—Ya visteis con qué algazara celebraba su delito.

OTELO.—¡Ay, Yago!

YAGO.—¿Visteis el pañuelo?

OTELO.—¡Era el mío!

YAGO.—El mismo. Y ya veréis qué amor tiene a vuestra insensata mujer. Ella le regala su pañuelo, y él se le da a su querida.

OTELO.—Nueve años seguidos quisiera estarla matando. ¡Oh, qué divina y admirable mujer!

YAGO.—No os acordéis de eso.

OTELO.—Esta noche ha de bajar al infierno. No quiero que viva ni un día más. Mi corazón es de piedra: al herirle me hiero la mano. ¡Oh, qué hermosa mujer! No la hay igual en el mundo. Merecía ser esposa de un emperador que la obedeciese como siervo.

YAGO.—No os acordéis de eso.

OTELO.—¡Maldición sobre ella! Pero ¿quién negará su hermosura? ¡Y qué manos tan hábiles para la labor! ¡Qué voz para el canto! Es capaz de amansar las fieras. ¡Qué gracia, qué ingenio!

YAGO.—Eso la hace mil veces peor.

OTELO.—Sí, ¡mil veces peor! Y es, además, tan dulce, tan sumisa.

YAGO.—Demasiado blanda de condición.

OTELO.—Dices verdad. Pero, a pesar de todo, amigo Yago, ¡qué dolor, qué dolor!

YAGO.—Si tan enamorado estáis de ella, a pesar de su alevosía, dejadla pecar a rienda suelta. Para vos es el mal: si os dais por contento, ¿a los demás, qué nos importa?

OTELO.—Pedazos quiero hacerla. ¡Engañarme a mí!

YAGO.—¡Oh, perversa mujer!

OTELO.—¡Enamorarse de mi teniente!

YAGO.—Eso es todavía peor.

OTELO.—Búscame un veneno, Yago, para esta misma noche. No quiero hablarla, ni quiero que se disculpe, porque me vencerán sus hechizos. Para esta misma noche, Yago.

YAGO.—No estoy por el veneno. Mejor es que la ahoguéis sobre el mismo lecho que ha profanado.

OTELO.—¡Admirable justicia! Lo encuentro muy bien.

YAGO.—De Casio yo me encargo. Allá a las doce de la noche sabréis lo demás.

OTELO.—¡Admirable plan! ¿Pero qué trompeta es la que suena?

YAGO.—Alguna embajada de Venecia, enviada por el Dux. Allí veo a Ludovico acompañado de vuestra mujer. (*Salen Ludovico, Desdémona, etc.*)

LUDOVICO.—General, os saludo respetuosamente.

OTELO.—Bien venido seáis.

LUDOVICO.—Os saludan el Dux y Senadores de Venecia. (*Le da una carta.*)

OTELO.—Beso la letra, expresión de su voluntad. (*Besa la carta.*)

DESDÉMONA.—¿Qué pasa por Venecia, primo mío Ludovico?

YAGO.—Caballero, mucho me alegro de veros en Chipre.

LUDOVICO.—Gracias, hidalgo, ¿y dónde está el teniente Casio?

YAGO.—Vivo y sano.

DESDÉMONA.—Entre él y mi marido ha habido ciertas disensiones, pero vos los pondréis en paz, de seguro.

OTELO.—¿Así lo crees?

DESDÉMONA.—¿Qué dices, esposo mío?

OTELO.—(*Leyendo.*) "Es preciso cumplirlo sin demora."

LUDOVICO.—No os oye: está ocupado en la lectura: ¿Con que, han reñido él y Casio?

DESDÉMONA.—Sí, y no sé cuanto hubiera yo dado por hacer las paces entre ellos, porque tengo buena voluntad a Casio.

OTELO.—¡Rayos y centellas!

DESDÉMONA.—¡Esposo mío!

OTELO.—¿Piensas lo que estás diciendo?

DESDÉMONA.—¿Cómo? ¿Está furioso?

LUDOVICO.—Puede ser que le haya hecho mal efecto la carta, porque (si no me equivoco) se le manda en ella volver a Venecia, dejando en el gobierno a Casio.

DESDÉMONA.—Mucho me alegro.

OTELO.—¿Te alegras?

DESDÉMONA.—¡Esposo mío!

OTELO.—Pláceme verte loca.

DESDÉMONA.—¿Qué dices, esposo?

OTELO.—¡Aparta, demonio!

DESDÉMONA.—¿Tal he merecido?

LUDOVICO.—Ni con juramento lo creería nadie en Venecia. ¡Qué ultraje tan brutal! ¿No veis cómo está llorando?

OTELO.—¡Víbora! Si el llanto de las mujeres pudiera fecundar la tierra, de cada gota nacería un cocodrilo. ¡Lejos, lejos de aquí!

DESDÉMONA.—Me iré por no verte enojado.

LUDOVICO.—¡Qué humildad y modestia! Compadeceos de ella, señor gobernador. Volvedla a llamar.

OTELO.—Venid aquí, señora.

DESDÉMONA.—¿Qué me queréis, esposo mío?

OTELO.—¿Qué la queréis vos?

LUDOVICO.—Nada, señor.

OTELO.—Sí. ¿Qué la queréis? ¿No me decíais que la llamase? Sí, sí, ella volverá y llorará, porque sabe llorar, caballero, sabe llorar, y es muy humilde, muy sumisa, como antes decíais. Llora, llora más. —Esta carta me manda volver... ¡Oh perfidia astuta!—Me mandan volver.—Retírate. Luego nos veremos.—Obedezco. Volveré a Venecia. ¡Lejos, lejos de aquí, Desdémona! (*Se va Desdémona.*) Casio me ha de suceder. Esta noche venid a cenar conmigo. Bien venido seais a Chipre. (*Aparte.*) ¡Monos lascivos, esposos sufridos! (*Se va.*)